

a Jesucristo, a la Virgen María, a san Miguelito, al apóstol Santiago y otros iconos de la religión impuesta, pero que con su sentido de fondo es ofrenda al Señor de los Cuatro Vientos, a Ometéotl, deidad que se desdobra en dos conceptos complementarios: Ometéotl (“dios o principio divino activo de esa dualidad”) y Omecíhuatl (“diosa-madre o principio divino pasivo”); al lucero matutino-vespertino, Huitzilíhuitl (que encabeza la escolta aguerrida del padre sol: el Quinto Sol), amén de otras deidades precortesianas no echadas al abismo infernal del paganismo mesoamericano –según creyeron los portadores del Evangelio que sucedería–, sino que perviven y se les exalta en la cumbre del Cerro de Culiacán, que para efectos del rito vuelve a ser la Montaña Sagrada, objeto de veneración en la memoria colectiva. Ahí se canta con poesía y música de antiguos tlahtolli una grandiosa y no acallada epopeya; también se ritualiza una cosmogonía esencial, entonando y danzando los cuícatl, los himnos de alabanza que del cielo vienen y al cielo suben en diálogo espiritual de los dioses con el corazón del hombre; todo lo cual se hace entreverando lenguas nativas con el español inculcado que incluye términos y fórmulas del latín litúrgico posterior al Concilio de Trento.

En paráfrasis casi impecable de lo que la iglesia católica oficial celebra como la misa (su principal rito evocativo del atroz sacrificio que Jesús de Nazaret, el hijo de Dios, ofreció a su padre por la redención no sólo de los judíos sino de todos los pueblos del mundo sujetos a opresivos e injustos gobiernos de aquel tiempo y del venidero), quienes organizan y dirigen las mesas de compadres o velaciones de concheros, del tipo acostumbrado cada víspera